

mando al país a los deportados y entrega el mando al elegido, su suerte sería distinta. Pero el señor Leguía estaba en un callejón sin salida; la ambición y la vanidad exacerbadas y mimadas, los intereses cada vez más desenfrenados creciendo a su sombra, el temor a las represalias y venganzas de sus numerosos enemigos, todo conspiro para que el señor Leguía se quedase. De todos modos, lo cierto es que el señor Leguía sabía que los tan decantados méritos de su gobierno —la conservación de la paz pública, por ejemplo— durarían lo que él durase, para luego venir las más negras perspectivas. Al señor Leguía le faltaba del gran político efectivo, entre otras condiciones, ese arte de crear una tradición, de hacer funcionar a un país o a una época aún sin la presencia personal, arte en que fué maestro, por ejemplo, Diego Portales cuyo espíritu siguió inspirando la política chilena por largos años después de su muerte. Desdeñosos del desgaste natural proveniente de once años de poder omnimodo, el señor Leguía y sus más cercanos consejeros y servidores actuaban bajo una consigna trágica: "Durar".

Nada había organizado políticamente, aparte de los elementos gobiernistas; la caída del gobierno no era cuestión de fuerza, de hecho. Estos dos postulados hacían comprender que el sucesor del señor Leguía sería un militar. ¿Qué militar? Ese era el enigma.

El golpe del comandante Sánchez Cerro en Arequipa coincidente con una inverosímil baja

de la moneda y con una creciente depresión económica general, fué la señal para el cambio de escena. El domingo 24 de Agosto, al regresar del hipódromo, el señor Leguía se encontró con que el pueblo empezaba a amotinarse en las calles ante la falsa noticia de su fuga en aeroplano y con que la oficialidad de la guarnición de Lima le exigía su dimisión. Simbólica anécdota ésta del señor Leguía exhibiéndose en el hipódromo por última vez en su vida presidencial, no obstante la revolución extendida ya por todo el sur y los primeros síntomas de inquietud en Lima. En ella hay hoy dos explicaciones, ambas muy sugestivas para el conocimiento de la psicología del señor Leguía: o un deseo de farsa, de "bluff", para la sensación de normalidad o un gesto de inconciencia, de empaque. Joven o viejo, civilista o anticivilista, con grandes problemas y responsabilidades encima o en días serenos, en 1908 como en 1912, en 1919 como en 1930, el señor Leguía asistía todos los domingos a las carreras de caballos, en las cuales tenía un stud, por cierto el de mejores caballos y el más privilegiado. Allí estaba la gran pasión, el gran amor de su vida. Sus impulsos primarios se satisfacían allí: el gusto por la exhibición, la compañía deferente de damas y cortesanos, la sensualidad de apostar y de arriesgar y, casi siempre, la alegría de triunfar. Sobre todo el juego, así depurado, moderno, sajón debió gustarle mucho. ¿Y no eran también ocupaciones de jugador las dos profesiones de su vida, la de hombre de negocios y la de político?

Jorge Basadre

Lima 1930.

En un artículo posterior el autor intenta analizar la situación general del Perú con la caída de Leguía y las perspectivas que existen dentro de la vida política y social de ese país.

Bucólicas virgilianas

= En la traducción de FRANCISCO DE P. HERRASTI
Prof. de Lengua y Literatura Latinas en la Facultad de
Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. =

Primera bucólica

Ocasión del poema

Cuando Antonio y Octaviano partieron a pelear contra Bruto y Casio, prometieron a sus veteranos que les distribuirían las tierras de los diversos pueblos que habían simpatizado de parte de Casio. Después de la batalla de Filipos, Octavio volvió a Italia a cumplirles a los soldados la promesa. Pero los terrenos determinados no bastaban para satisfacer a 170.000 hombres; y además los soldados invadían terrenos no asignados; y de Cremona se pasaban a Mantua. Los mantuanos iban a Roma a gestionar por sus posesiones; y Virgilio fué entre ellos. Por medio de Asinio Polión obtuvo de Octaviano que su propiedad mantuana quedara segura; y celebra el favor en esta composición. Fué escrita probablemente en septiembre de 39 A. C.

Materia del poema

Es un diálogo entre dos pastores; un boyero, Títiro; y un cabrero, Melibeo. Títiro está recostado en el suelo en su granja mantuana tocando su pipitaña de avena y alternando cantos amorosos, cuando Melibeo pasa arreando sus cabras, arrojado de su tierra por la invasión. La escena es al pie de una haya en la granja de Títiro. La granja es pedregosa y pantanosa; pero

tiene hayas, castaños, sauces, pinos, olmos, árboles frutales y arboledas. Tiene agua y veneros. Y hay palomas, tórtolas y abejas. Títiro hace queso y vende sus crías en Mantua.

Títiro es senex, tiene más de 45 años, y ya está cano. Vive ahora con Amarílde, y se ha separado de Galatea, su mujer antes. Pasó la vida de esclavo de un señor que vive en Roma; pero acaba de comprar aquí su libertad y de obtener la quieta posesión de la granja.

En Títiro están confundidas las dos personas del esclavo del dueño de la granja, que ha ido a Roma a obtener su libertad con sus ahorros, peculium, y la del dueño mismo, que recibe de Octaviano la posesión segura de su tierra.

Melibeo, el cabrero, tenía en su tierra perales y vides, y cítiso y sauces. Pero su campo era pobre; vivía en una cabaña humilde, techada de pasto. Ahora Melibeo no tiene sino las cabras que pasa arreando sin saber a dónde va.

El vestido de los pastores no se expresa. La edad de Melibeo tampoco se sabe; pero parece ser aequalis de Títiro.

La hora de la escena es al caer la tarde; pero todavía el sol hace sombra. Melibeo se va solo. A la distancia se ven las vistas de otras granjas.

Materia del diálogo

—Títiro, tú descansado tocas y cantas tus amores, mientras yo me voy de mis tierras.

—Un dios me ha dado este bien; pues él es dios para mí, y yo le haré frecuente sacrificio; así, yo canto, y mis bueyes pacen. —Es esto mucha maravilla cuando por todas partes hay tanta revolución. Yo mismo, mira cómo con pesar voy arreando mis cabras; y vengo tirando de ésta que acaba de parir en el camino. Los agüeros me han predicho esto; el rayo y la corneja; pero no lo entendí por tonto. Mas ese dios ¿quién es?

—Creí que Roma es como la Mantua a donde llevamos a vender nuestras crías; yo acostumbraba comparar lo pequeño con lo grande; pero no hay comparación posible:

—Y ¿qué tanta necesidad tuviste de ir a Roma?

—La de obtener la libertad, que al fin me llegó de viejo, ahora que vivo con Amarílde, y ya rompí con Galatea. Con ésta nunca tuve ni esperanzas de ser libre, ni cuidado de mis ahorros, ni lo pude.

—Ya extrañaba yo por qué Amarílde deprecaba a los dioses, y para quién dejaba la fruta en los árboles: tú estabas ausente. Toda la tierra te llamaba.

—¿Cómo hacer de otro modo? En otra parte ni podía yo conseguir la libertad, ni conocer a esos dioses poderosos. En Roma conocí a ese dios, que me ha conseguido la seguridad de mi tierra.

—¡Oh hombre feliz! Tu hacienda pues no será perdida, y ella te es bastante, aunque las piedras y los pantanos cubran los pastos. Los pastos desusados no dañarán a tus cabras de cría, ni las contagiarán las pestes del rebaño vecino. Dichoso de ti; aquí entre los sabidos ríos y los veneros sagrados gustarás de la fresca sombra. De un lado, sobre el lindero vecino, el seto, cuyas flores chupan las abejas, te convidará como siempre al sueño con su susurro; del otro, el podador cantará a los vientos; y las palomas y tórtolas no dejarán de canturrear en el alto olmo.

—Antes por tanto los ciervos pacerán en los aires, y las mares arrojarán los peces a la playa; y antes, después de recorrer de cabo a cabo las regiones del Parto y del Germano, beberá el Parto, remoto de su tierra, las aguas del Saona y los alemanes las del Tigris, que el rostro de ese dios caiga de nuestro pecho.

—De semejante suerte nosotros nos iremos de aquí, unos al Africa, otros a la Escitia y al Oaxis y a Inglaterra, separada enteramente del mundo. ¿Alguna ocasión, después de mucho tiempo, viendo yo estos campos de mi tierra y el techo de mi cabaña, hecho de césped, el reino mío, sentiré el gozo de ver unas cuantas espigas? ¿Tendrán los soldados estos campos de cultivo; estas siembras los bárbaros? He aquí las resultas de las guerras, y para quiénes sembramos nuestros campos. Ingerta ahora perales, Melibeo; arregla los viñedos! Idos, cabras mías, dichosas antes. Ya no os voy a ver más, recostado en la verde gruta, como colgáis de los peñascos a lo lejos; ya no os diré más versos, ni paceréis mientras canto.

—Pero pasa la noche conmigo aquí. Tengo manzanas, castañas y queso. Y ya humea lo alto de los techos de las granjas, y caen de los montes espesas sombras.